



www.loqueleo.com

Los mejores relatos fantasmagóricos

© De la selección, prólogo y notas introductorias: Juan José Plans

© Sheridan Le Fanu: “El fantasma de la señora Crowl”, del libro *La mano fantasma y otras narraciones*, traducido por Miguel Jiménez Taurina, Abraxas, 2003.

© Ambrose Bierce: “Una carretera iluminada por la luna”, traducido por Javier Sánchez García-Gutiérrez, Valdemar, 1996.

© Charles Dickens: “El guardavía”, traducido por Rafael Lassaletta, Valdemar, 1998.

© Oscar Wilde: “El fantasma de Canterville”, del libro *El fantasma de Canterville y otros cuentos*, traducido por Julio Gómez de la Serna, Alianza Editorial, 2003.

© Gustavo Adolfo Bécquer: “Maese Pérez el organista”, del libro *Leyendas*, Espasa-Calpe, 1998.

© Rudyard Kipling: “La litera fantástica”, del libro *Obras escogidas*, Aguilar, 1958.

© M.R. James: “Silba y acudiré”, del libro *Trece historias de fantasmas*, traducido por Francisco Torres Oliver, Alianza Editorial, 1973.

© 2013, Editorial Santillana, S.A. de C.V., México

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá — Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-59393-5-6

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín S.A.S.

Primera edición: México, 2013

Primera edición en Colombia: marzo de 2016

Tercera reimpresión en Colombia: enero de 2018

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Los mejores relatos

fantasmagóricos



Bécquer ~ Bierce ~ Dickens ~ James ~ Kipling
Le Fanu ~ Wilde



Selección, prólogo y notas
de Juan José Plans



Prólogo

7

Si nunca tuviste miedo, lo experimentarás tan pronto como empieces a leer estas historias sobrenaturales, escritas para que sientas una angustia perturbadora. Sería una lástima que no te lo pasaras “de miedo con miedo”, pues estos relatos son ¡de los mejores! del género.

La literatura fantástica comenzó a desarrollarse en el siglo XVIII. Pertenecientes a este género son los siguientes *ghost stories* o relatos de fantasmas, que alcanzaron su apogeo a finales del XIX, esplendor que duró hasta el primer cuarto del siglo XX.

Las historias de esta antología surgieron en la edad de oro de la *ghost story*, exceptuando la de nuestro Bécquer, algunos años anterior. Pero hubiera sido extraño no contar con el espectro de *Maese Pérez el organista*.

Algunas están escritas por autores especialistas en la *ghost story*, como Joseph Sheridan Le Fanu, Ambrose Bierce o Montague Rhodes James. Otras fueron de escritores que destacaron en otros géneros, pero que también cultivaron este, como Charles Dickens, Oscar Wilde, Bécquer o Rudyard Kipling.

Con su imaginación, estos autores atraen fantasmas para que se hagan su propio hueco en nuestras vivencias. Fantasmas hubo siempre y siempre los habrá, aunque no a todos se nos aparecen...

A **Joseph Sheridan Le Fanu** se le puede considerar el verdadero creador de la *ghost story*, si bien es cierto que el precursor fue Edgar Allan Poe. Con Le Fanu se fueron abandonando aquellas historias de fantasmas tan del agrado de los románticos, que daban miedo sólo con la descripción del castillo en que se desarrollaban. Y decidió hacerlo cuando percibió una saturación de fantasmas arrastrando pesadas y sonoras cadenas.

Así pues, Le Fanu eligió lugares propios de los lectores, como sus pueblos o sus casas, para introducir en ellos lo sobrenatural. De esta forma, consiguió acercar la sensación de peligro, que podía darse en cualquier parte y no necesariamente en parajes tenebrosos. Nadie, por lo tanto, ni en su propio hogar, puede ya creerse a salvo de la amenazadora presencia de un fantasma, siempre con malas intenciones, pues todos conocemos la creencia primitiva del odio que los muertos sienten hacia los vivos.

El fantasma de la señora Crawl es uno de los mejores cuentos de fantasmas de Le Fanu, y también uno de los más populares y elogiados por los lectores. Encabeza por ello esta antología, y también en homenaje al creador de la *ghost story*.

Montague Rhodes James, quien tanto admiró y rescató del olvido a Le Fanu, cierra la antología. Con él, los cuentos de fantasmas alcanzaron su máximo esplendor,

y se abrieron nuevos caminos que han recorrido muchos escritores de la época y actuales.

En su obra *¡Silba y acudiré!* se encuentran todos los elementos que caracterizaron y diferenciaron su obra, llena de presencias fantasmales de porte distinto, como la patética monstruosidad de este cuento, con un “horrible rostro de trapo arrugado”. Pero no debes confundirla con las criaturas dotadas de invisibilidad que aparecen en relatos de otros autores. No son lo mismo.

M.R. James fue un maestro del humor. El humor brillaba por su ausencia en la novela gótica, desde su primera manifestación. Y aunque parezca paradójico, para el terror es fundamental contar con unas gotas de humor, que puede ser “negro”. El humor hará más creíble, y más soportable, lo increíble. M.R. James lo tuvo en cuenta, al igual que Bierce, que fue todavía más mordaz.

Ambrose Bierce fue el maestro de lo macabro. En *Una carretera iluminada por la luna* nos ofrece una historia que, de no ser por lo trágicamente horrible que resulta, podría tomarse como “una broma pesada”. De especial interés en ella, porque es raro de encontrar en las *ghost stories*, es el testimonio que uno de los personajes da a través de un médium, un curioso método que existe en la “realidad”, o mejor dicho en la “no ficción”, para comunicarse con los fantasmas.

Pero lo más destacable de Bierce es el modo en que logra espeluznarnos en un paraje abierto. Algo que también logra Dickens en el relato incluido, aunque su escenario sea algo más claustrofóbico.

Charles Dickens hizo de *El guardavía* su relato más logrado de cuantos escribió adentrándose en lo fantasmagórico. Como es sabido, no fue un escritor especializado en la literatura fantástica. Pero, al cultivar este género, no pudo menos que mostrarse todo un experto. Por alguna razón, lo sobrenatural le había interesado desde niño, así que escribió sobre fantasmas, los hizo salir a escena en algunas de las representaciones de su propia compañía teatral y nunca estuvieron ausentes en sus charlas.

Oscar Wilde fue otro de los escritores que demostró unas cualidades extraordinarias para el humor en la más conocida de sus *ghost stories*. El ingenio impera en *El fantasma de Canterville*, el más clásico de los cuentos de esta antología, al corresponder su espectro al típico y tópico modelo de aparición. Sin embargo, ¿no es un fantasma atípico aquel que acaba teniendo miedo? Y no es extraño que su “salvación” nos evoque el mito de *La Bella y la Bestia*, pues a Oscar Wilde siempre le atrajeron los cuentos populares, ese mundo irreal y fantástico al que él aportó historias asombrosas, como las de *El príncipe feliz* o *Una casa de granadas*.

Gustavo Adolfo Bécquer dibujó con sus letras otro fantasma atípico en *Maese Pérez el organista*, una leyenda tan impregnada de gran romanticismo como las demás de este insigne autor. A pesar de que los espectros son siempre temidos, en este caso su presencia es deseada, en el fondo.

Rudyard Kipling aún va más lejos que Ambrose Bierce o Charles Dickens, pues si éstos son capaces de horro-

zarnos en nocturnos parajes abiertos, él lo hará a pleno sol. Es un terror parecido al que Steven Spielberg nos ofrece en *Tiburón*, película basada en la novela homónima de Peter Benchley, o al de *El diablo sobre ruedas*, con guión de R. Matheson. En este relato de Kipling descubrirás que no sólo hay fantasmas de personas, sino también de cosas.

Cada uno es muy libre de creer o no creer en fantasmas. Pero los que a continuación se te aparecerán, en los momentos y en los lugares más insospechados, no te dejarán impasible...

11

JUAN JOSÉ PLANS

El fantasma de la señora Crowl

Sheridan Le Fanu

Traducido por Miguel Jiménez Taurina

Han pasado veinte años desde que por última vez vieron la figura alta y esbelta de la señora Jolliffe. Ahora ha dejado atrás los setenta y no pueden faltar muchos jalones que marquen su viaje hasta su hogar definitivo. Su cabello, partido en crencha por la mitad bajo su gorro, sobre su rostro de aire perspicaz, pero afable, se ha vuelto blanco como la nieve. Pero su figura sigue erguida y su modo de andar, ligero y vivaz.

13

En estos últimos años se ha hecho cargo de enfermos adultos, y ha cedido a manos más jóvenes a la gente menuda que habita en cunas y se desplaza a gatas. Aquellos que recuerdan su cara bondadosa entre las primeras que emergen de las tinieblas de la indiferenciación, y que le deben sus primeras lecciones en el conocimiento del andar, y que conservan un deleitado aprecio de los primeros parloteos y los primeros dientes, han espigado, convirtiéndose en mocetones y damiselas. Algunos de ellos tienen ya estrías blancas en sus bucles castaños, en aquel bonito pelo dorado que ella se sentía tan orgullosa de cepillar y de mostrar a madres admirativas a las que ya no se ve en los céspedes de Golden Friars y cuyos nombres están ahora grabados en las lápidas grises del cementerio.

El tiempo, pues, va madurando a algunos, y marchitando a otros; y ha llegado la hora entristecedora y tierna del crepúsculo; y anochece ya para la simpática anciana del norte que crió a la bonita Laura Mildmay, que ahora entra en la habitación, sonrío encantada, y echa los brazos al cuello de la anciana, y la besa dos veces.

—¡Vaya, qué suerte! —dijo la señora Jenner—. Has llegado justo a tiempo para oír un cuento.

—¿De veras? Es estupendo.

—¡No, no, nada de eso! No es un cuento, es cosa muy cierta, yo la vi con mis propios ojos. Pero a esta muchachita no le gustará, a estas horas, justo antes de irse a dormir, oír cosas de espectros y aparecidos.

—¿Fantasmas? Es precisamente de lo que más me gusta oír.

—Bien, querida —dijo la señora Jenner—, si no tienes miedo, siéntate aquí con nosotras.

—Estaba a punto de contarme algo sobre la primera vez que atendió a una moribunda —añadió la señora Jenner— y sobre el fantasma que vio entonces. Ahora, señora Jolliffe, tómese primero su té y luego cuente.

La buena mujer obedeció y, tras prepararse una taza de ese néctar reconfortante y haber tomado unos sorbos, frunció levemente el entrecejo, mientras ordenaba sus ideas, y luego alzó la mirada, con una expresión chocantemente solemne, dispuesta a empezar.

La buena de la señora Jenner, así como la linda muchacha, miraban expectantemente el rostro de la anciana, la cual parecía hacer acopio de horrores con los recuerdos que estaba invocando.

La vieja habitación era un buen escenario para una narración como aquella, con su enmaderado de roble, su mobiliario extraño y tosco, sus vigas cruzando el techo y su alta cama de cuatro pilares con cortinajes oscuros, dentro de los cuales uno podía imaginarse cuantas sombras quisiera.

La señora Jolliffe se aclaró la voz, miró a su alrededor haciendo girar circularmente los ojos en sus órbitas y empezó su historia con estas palabras:

EL FANTASMA DE LA SEÑORA CROWL

—Ahora soy vieja, y acababa de cumplir los trece la noche que llegué a Applewale House. Mi tía era allí el ama de llaves y en Lexhoe me esperaba un carromato de un caballo para llevarme, con mi equipaje.

Estaba un poco asustada cuando llegué a Lexhoe y, cuando vi el carromato y el caballo, tuve deseos de volver con mi madre en Hazelden. Estaba llorando cuando subí al carro, y el viejo John Mulbery, que lo conducía y que era hombre de buen corazón, me compró unas cuantas manzanas en El León de Oro para animarme un poco; y me dijo que me estaban esperando un pastel de grosella, té y chuletas, todo caliente, en la habitación de mi tía, en la casa grande. Era una hermosa noche de luna y me comí las manzanas mientras miraba por la ventana del carro.

Es vergonzoso que hombres mayores asusten a una pobre niña tonta como era yo. A veces pienso que podían ser bromas. Había dos en mi compartimento, en el tren.